

Cum grano salis

Bogotá, mayo 19 de 1933

Señor don Carlos Ricaurte Samper.—P.

Mi querido amigo:

La idea que en días pasados me comunicaste, de la fundación de una revista, me llena de saludable regocijo, y me incita a escribir algo digno de ella. Cierta caballero bogotano acertó a llegar a la casa de un su amigo en el preciso instante en que se servía opípara comida; como el dueño de casa lo invitase a participar de aquel agasajo, nuestro sujeto respondió: «Acepto la invitación porque soy muy débil de carácter, y además hoy estoy muy débil».

Imitando al caballero de nuestra historia, acepto la invitación, sentándome a la mesa de aquel banquete, espléndidamente aderezado y repitiendo lo que Marsilio Ficino dijo de esotro festín: «*Amicitiae condimentum, escam benevolentiae, fabulum ingenii*».

Me pides colaboración para la revista y yo no encuentro sobre qué escribir. Son tantos los temas que revelan en torno nuestro, que la dificultad aumenta a medida que nos vamos determinando a hacerlo. Los asuntos no escasean, pero la paciencia y el sosiego faltan y nuestras fuerzas se debilitan. Además, la índole de la revista no excluye los temas extranjeros, ni se aferra únicamente a lo nacional, cosa que merece alabanza.

Yo siempre he sido un decidido entusiasta por la industria nacional. La he defendido *viribus et armis*; contra el flamante extranjerismo preconizado por los más, he abogado siempre, y aun reñido bravísimas batallas en defensa de una idea, que, a mi entender, es verdadera e inconcusa: el retorno a la edad dorada en que el hombre estaba más en contacto con la naturaleza. He repetido mil veces que si nuestro país sólo es capaz de producir

ruanas, sólo de ruanas nos sirvamos; que las telas nacionales reemplacen a la crujiente seda (con lo cual se llegaría a estudiar la escala cromática que media entre un *Patou* y un *Fabricato*); que si nuestro suelo produce sólo maíz, sólo maíz comamos; que a falta de un *Kriegck* venga un vestido de *Samacá*, aunque a la postre se encoja y cubra mal el cuerpo del paciente; que a falta de una *Tremblet*, haga su oficio el abigarrado *rabo de gallo*, sin que por esto supongamos, como muchos suponen, que esta indumentaria debe tener por escenario una pintoresca venta, con sus correspondientes jaleos y libaciones del blondo licor, al compás del sin par bambuco, bailado por mozos y mozas crudas, en un atardecer melancólico, embalsamado por los efluvios del guiso, y en consonancia con la monotonía del paisaje sabanero, en donde

Símbolo de la tarde que declina,

Un tohecillo solitario canta

Entre el pencial su endecha vespertina.

De lo que no he sido partidario es de la implantación violenta de métodos y sistemas muy útiles por allá, e inútiles por estas tierras. Juzgo, y no creo andar errado, que para lo que somos y lo que seremos, más vale un rejo de enlazar que un cable de acero; aquí la atmósfera y la temperatura media, darán a aquel rejo la dureza apetecida haciéndolo impenetrable y recio. El cable de acero, he oído decir a muchos, se oxida o se desmejora, y al cabo hay que reemplazarlo por el nativo rejo. Y viniendo al presente, cuentan, quienes lo vieron con vista de ojos, que no había argumento de más peso en pro de la santidad de nuestros derechos, que los terribles machetes, que cortaban como nabos las cabezas de los enemigos, y esgrimidos con tal eficacia, que en su comparación eran tortas y pan pintado, las granadas, gases asfixiantes, fusiles, bayonetas y demás *estormentos* hélicos.

En suma: soy amigo de lo nacional y defensor de sus nativos fueros, cuando lo nacional sirve y fomenta una causa genuinamente nacional; y soy amigo de lo extran-

jero porque sirve de reactivo para averiguar el grado de civilización a que hemos llegado o lo atrasados que estamos. El caso de los machetes por ejemplo: la causa material es extranjera, nacional la eficiente; los resultados han sido admirables. Del machete nos hemos servido siempre, y lo hemos incorporado sabiamente al alma nacional, al paso que el arado de disco ha tenido poco éxito y nuestros labriegos han tenido que sustituirlo, tras de infructuosos ensayos, por el rústico y primitivo, pero más práctico y económico.

Y de aquí pudiéramos inferir una ley de economía política, fundada en la adaptación al medio ambiente, y fecunda en resultados benéficos para la República: y es que sólo lo nacional sirve, cuando se incorpora al alma nacional y allí encaja y armoniza, y es inútil y aun perjudicial, cuando estorba el libre desenvolvimiento de nuestra industria o le hace sombra o la anula.

Pero, anda tú a saber, si el arado de que hablaba hace un momento, es bueno o malo en sí mismo. La intención del fabricante fue recta, y no deja de ser útil y benéfico sólo porque entre nosotros no sirva. De todo lo cual se deduce que por acá es malo lo que en otras partes es bueno, y esto no por culpa nuestra, sino a causa del *medio*, de la *raza* y del *momento*, siguiendo la teoría de Taine.

Este medio es completamente disolvente. Llevado de mi ardiente imaginación, he supuesto reencarnados en este rincón de los Andes a Platón y a Aristóteles; los he hecho dialogar en un jardín paradisiaco y he tratado de averiguar qué efecto hubieran producido: un fracaso absoluto. El autor del *Fedón* hubiera parado en comunista y el de la *Etica*, opositor cuando menos. Si Vivekananda apareciera por estas tierras acabaría frotándose la cabeza con piel de gato para ver de reavivarse el *prana*, algo así como lo que se hace en los laboratorios de Física con ciertas máquinas eléctricas, y con la piel del difunto felino.

Júzga ahora lo que sería resucitar entre nosotros a Baudelaire, a Wilde, a Tolstoi; el asilo de locos los reclamaría por tales, y no se hubieran escrito ni *Las Flores del Mal*, ni el *De Profundis*, ni *Guerra y Paz*.

Contra la opinión de muchos he sostenido que, si Cervantes llega a venir a Bogotá, como eran sus deseos, Don Quijote se desvanece en un punto, y el manco inmortal o no escribe nada, o si lo hace se hubiera empleado en redactar otra *Politica Indiana*. Y aun suponiendo que su plácida y serena ironía hubiera cobrado aquí nuevas alas, respirando el aire purísimo de esta altiplanicie, su gracia, su ingenio se habría ejercitado componiendo salerosos epigramas, pero nunca Don Quijote hubiera afirmado su individualidad total, con su yelmo de mambriño y su lanzón gigantesco, proyectando una sombra tan vasta en la historia del género humano, al cual redime, exalta y santifica con su misma inmortal locura.

Discuten nuestros sociólogos sobre el origen de la raza y sus características, sin que hasta ahora, según se me alcanza, hayan llegado a ninguna conclusión definitiva. En lo que sí convienen todos es en la melancolía que nos circunda apaciblemente, en lo apáticos que somos, en nuestra negligencia y en nuestra pereza. Por más que nos esmeremos en parecer activos, nada logramos. Todo queda petrificado como la estatua de la mujer de Loth. De aquí que todos consideremos como una distinción el ser perezosos y negligentes; la actividad es escasa, y la poca que hay viene a quedar anulada al fin de cuentas, por la fuerza centrípeta de que es capaz de desarrollar la pereza. El lema de los bogotanos parece ser el de «*dejar para mañana lo que podamos hacer hoy*».

En cuanto al momento no me considero capacitado para analizarlo, porque hartamente conocido nos es, y no quiero repetirme. Sólo sé decir que es fatal: todos andamos nerviosos y angustiados; los que andan de a pie, los que montan en los tranvías; los que no tienen dinero y los que lo tienen; aquéllos por falta de medio circulante, és-

tos porque quieren más; todo el mundo se queja y nadie está conforme.

A tí y a los directores de la Revista tócales luchar contra esta trilogía tan desfavorable para nosotros: el medio, la raza y el momento. El que salgan airosos de este triple combate depende de los medios que empleen y del modo como desarrollen sus planes. Yo quisiera que la Revista fuera lo más bello y atractivo que pudiera darse. Algo así como la *Revue de Deux Mondes*, pero con más estética; que abarcase hasta veinte o más volúmenes como el *Repertorio Colombiano* o la REVISTA DEL ROSARIO, que ahora nos brinda sus columnas con gentileza suma, recordando quizá, que tanto tú como yo nos educamos en el Colegio de Fray Cristóbal de Torres, y aprendimos juntamente con las clásicas disciplinas, a interpretar el recóndito significado de las palabras *Nova et Vetera*. Y quisiera también que la Revista que piensas fundar, tuviese tantos años de vida, que los bibliómanos futuros se rompiesen la cabeza buscando algún número viejo de cien años, y no lo consiguiesen nunca; que fuera conocida en ambas Américas, y que aumentase con los años la demanda de suscripciones.

Me pides colaboración, y yo hasta ahora no sé sobre qué escribir; también tengo yo que habérmelas con la raza, el medio y el momento. Me entran ganas de reproducir una cosa inédita hasta hoy: el elogio fúnebre de Dostoiewsky por el monje ruso Koupratkyne, apellidado por sus compatriotas el *melíflujo*. El tal elogio me lo regaló hace años un emigrado ruso zarista, cuando la dictadura de Kerensky; había permanecido inédito, porque una vez pronunciado fue impedida su publicación por la censura, a causa de contener ciertos conceptos algo nihilistas y poco oportunos en los días aciagos que precedieron al asesinato de Alejandro II. Yo hice la traducción del francés, procurando imitar el estilo patético, característico de la oración fúnebre.

Repito que los temas no escasean, pero lo difícil es resolverse a explayarlos. Yo nunca he sido abundoso, ni la frase ha acudido presurosa a mi reclamo. Cada escrito mío ha sido pensado, repensado, enmendado y muchas veces desechado. Admiro fervorosamente a ciertos paisanos míos que viven con la pluma entre los dedos, listos a dispararse al menor contacto como una ametralladora de repetición. De aquí que haya escrito poquísimo, y esto sólo por satisfacer a los demás que me urgen y me estimulan para que escriba con más frecuencia. Siempre he creído que lo mejor de nosotros, lo más íntimo, lo más artístico, al actualizarse pierde su nativa forma, y se desvanece como la espuma, alucinándonos con mentidos colores; y aunque esté persuadido de que el alfabeto que arrebató al espíritu

Tánta fibra sonora, tánta gota de miel,

nos fue dado para que por medio de él nos expresáramos, siempre prefiero lo que no se ha dicho a lo ya repetido mil veces. La humanidad recoge lo escrito y lo hace suyo por derecho de conquista; el Quijote es de Cervantes, pero lo es más de la humanidad. Tú me dirás: «La obra de Cervantes pertenece al género humano, porque Cervantes era Cervantes; pero ¿quién se preocupará por adueñarse de lo que escriba un cuitado como tú?» A esto respondería que

Scribimus indocti doctique poemata passim;

que si la humanidad se ha preocupado por Cervantes, y recogido su caudal, y acrecentándolo mediante el culto secular que incansablemente le rinde, de lo mío se enteraría al cabo de los años, desdeñándolo o vituperándolo.

Ese es uno de los motivos que me ata las manos cada vez que en el público pienso. Mi formación intelectual ha sido deficientísima, y si a eso se agrega mi extraordinaria sensibilidad, causante de la mayor parte de mis males, es milagroso que viva. Cuando era más joven, lloraba con todo: con la lluvia, con las flores marchitas, con los árboles, con las fuentes y los ríos; lloré con La-

martine, me lamenté con Garcilaso, me desesperé con Werther, y conjuré a la naturaleza con Olympio, interrogándola acerca del secreto de la vida:

N'existons nous donc plus? Avons nous eu notre heure?

Rie ne la rendra-t'il á nos cris superflus?

L'air joue ave la branche au moment où je pleure,

Ma maison me regarde, et ne me connaît plus.

En aquella época tenía una lágrima para cada muerto, fuera conocido o no, y ahora ni gimo ni suspiro ni me querello. He aprendido a considerar a la muerte como una ley natural, como el caer de las hojas en el Otoño, y aun me he familiarizado con el ademán severo de los muertos. Considero sí, que lo mejor de mí mismo ha pasado para siempre. Tócame poner a funcionar la memoria reproductora, para sacar algo sentido y espontáneo, digno de que se lea, celebre y comente.

Pasó mi periodo *dionisiaco*, y he regresado al *apolíneo*, sin saberlo ni pretenderlo. Quiera Dios que llegue al periodo *cósmico* con la misma fe inquebrantable que en las cosas del arte he puesto, a fin de que «reducidas a unidad la muchedumbre de mis diferencias», y completamente serenado y aquietado, ascienda hasta los últimos grados de la sustancia ininteligible, donde, según la profunda expresión de Ben Gabirol en su inmortal tratado de la *Fuente de la Vida*, «nos parecerán los cuerpos sensibles pequeños e insignificantes, y veremos el mundo corpóreo nadando en ellos, como los peces en el mar, o las aves en el aire».

Mientras este anhelado momento llega, admiremos y estudiemos la obra bella, sabedores de que no hay deleite superior en este mísero planeta, al que nos proporciona el estudio del Arte en sus múltiples manifestaciones. *A thing of beauty is a joy for ever*, que dijo maravillosamente John Keats.

Adiós, y no olvides a tu afectísimo amigo,

JUAN MANUEL ARRUBLA